

partes, y segun se iban acercando á los pueblos, enviaban á decir que todos sus vecinos, jóvenes y ancianos, los siguiesen inmediatamente, armándose con lo que hallasen á mano, pues de lo contrario echarian sus casas por tierra y las incendiarían. En pocos momentos se juntaron hasta cinco mil hombres, armados de palos, de hachas y de espadas cubiertas de orin, y se aumentaron tan rápidamente de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, que eran doscientos mil cuando llegaron á Lóndres, donde entraron tumultuosamente el día del Corpus. Atemorizado el rey se retiró á la torre con el arzobispo de Cantorberi y el gran prior de los hospitalarios, que era al mismo tiempo tesorero general del reino, y no menos odioso que el prelado para la multitud de los rebeldes. Se introdujeron estos en la torre, y pasaron á la capilla, donde el arzobispo, que acababa de decir misa, estaba dando gracias, y los esperaba bien preparado para morir. «¿Dónde está ese traidor y ladrón?» Gritaron al tiempo de entrar. Pero él les salió al encuentro con gran tranquilidad y les dijo: «El Señor os llene de sus bendiciones, hijos míos: yo soy el arzobispo á quien buscáis, pero no un traidor ni un ladrón.» Le sacaron violentamente de la capilla, y le llevaron arrastrando hasta fuera de las puertas de la torre. Allí, dando unos gritos horribles, le pusieron en medio de una infinidad de espadas desenvainadas, y habiéndose arrodillado el arzobispo recibió ocho golpes, el último de los cuales le cortó la cabeza. Del mismo modo mataron al gran prior, y poniendo las cabezas en la punta de dos picas, las pasearon por las calles.

Para disipar á aquellos hombres furiosos les prometió el rey todo lo que quisieron; pero despues castigó á muchos de ellos, y entre otros al presbítero Juan Valleó, el cual sufrió el castigo reservado al delito de alta traición. Este ejemplo de severidad no estinguió el celo

impío de los discípulos de Wiclef, puesto que al año siguiente de la muerte de este fanático, Guillermo de Courtenai, que habia sido trasladado desde la silla de Lóndres á la de Cantorberi, congregó en 17 de mayo un concilio (1) en el cual hubo todavía que denunciar muchos errores sostenidos por los nuevos sectarios del wiclefismo. Hé aqui los principales: «Jesucristo no está real y verdaderamente en el Sacramento del altar. La sustancia de pan y vino queda en este Sacramento despues de la consagración. No consta del Evangelio que Jesucristo instituyese la misa. El obispo ó sacerdote que están en pecado mortal, no pueden ordenar, consagrar ni bautizar. La confesion esterna es inútil al que está suficientemente contrito. Si el Papa es malo, es miembro de Satanás, y por consiguiente, no tiene ningun poder sobre los fieles. Despues de Urbano VI no se debe reconocer ningun Papa, sino vivir como los griegos, cada uno por sus propias leyes. Es contrario á la Sagrada Escritura que los eclesiásticos tengan posesiones temporales en bienes raices. Los señores legos pueden quitar á su arbitrio los bienes temporales á los eclesiásticos que son pecadores habituales, y los pueblos pueden corregir tambien á su arbitrio á los señores que pecan. Los diezmos son unas meras limosnas que los feligreses pueden retener por los pecados de sus párrocos, ó darlos á otros, como mejor les parezca. El que está en pecado mortal no es señor temporal, ni obispo, ni prelado. El sacerdote ó el diácono pueden predicar sin autoridad del Papa ni del obispo. Los que dejan de predicar ó de oír sermones á causa de la excomunion de los hombres, son traidores á Dios. Si un prelado excomulga al clérigo que apela al rey, es tambien traidor á Dios, al rey y al reino.»

(1) *Conc. tom. 11, pag. 2082.*

Tal es la doctrina herética y sediciosa que causó horror desde el momento en que se publicó, y que preparó muy de antemano las revoluciones funestas que afligieron á la Inglaterra, donde tuvo origen, mas que á ningun otro país de la cristiandad. El concilio de Lóndres declaró heréticas algunas de dichas proposiciones, y otras erróneas y contrarias á lo que enseñaba la Iglesia (1582). El rey Ricardo dió facultad á los obispos para prender á los que enseñasen ó sostuviesen estos errores, pero no se ejecutó su orden; y á la verdad, un príncipe tan débil que no sabia defender su corona, mal podia saber sostener la Religion.

Por otra parte, la atencion del Papa Urbano estaba enteramente ocupada con las dificultades cada vez mayores que encontraba, aun en su propio partido. Carlos de la Paz no estrechaba bastante á su competidor, y tardaba demasiado en poner á Francisco Prignano en posesion de los ducados de Cápua y de Amalfi. Marchó á Nápoles el Pontífice (1583) contra el dictámen de muchos cardenales y con gran disgusto de Carlos. Pero luego que llegó, le pusieron guardias de vista, y debió considerarse preso, en medio de los honores que afectaban tributarle. Se le dió despues una satisfacción, y no pasó mucho tiempo sin que se le coartase mas la libertad. Cuando parecia que iban á reconciliarse, se suscitaban nuevas desavenencias. En medio de estas variaciones, Bátilo ó Francisco Prignano se llevó por fuerza una religiosa de Santa Clara. Conmovida toda la ciudad de Nápoles con este raptó sacrilego, mandó Carlos de la Paz en calidad de rey, que se citase al reo para que compareciese en su presencia; pero no habiendo obedecido éste, pronunció contra él sentencia de pena capital. Se quejó Urbano de semejante procedimiento, y dijo que siendo él el señor y soberano del reino, no se podia condenar á muerte

en su presencia á un personage tan condecorado. El Papa y el rey se convinieron despues: no se ejeculó la sentencia, y aun se estipuló que Prignano se casaria con una parienta del rey, el cual le dió con este motivo la ciudad de Nocera.

Entretanto creyó el Papa Urbano que por su propia seguridad debia salir de Nápoles, y se retiró al nuevo Estado de su sobrino; pero sus cardenales estaban muy lejos de pensar como él ó de tomar parte en sus intereses. En particular el de Rieti, llamado Pedro Tartaro, abad de Monte-Casino y canciller del rey Carlos, volvió casi en el mismo instante al lado de este príncipe, y de acuerdo con algunos de los que quedaban en Nocera, consultó á un jurisconsulto de Plasencia llamado Bartolino, el cual á fin de disponer los ánimos segun sus ideas, propuso la cuestion siguiente: «Si un Papa fuese incapaz de gobernar la Iglesia, ó que por ser demasiado adicto á sus ideas quisiese hacerlo todo por su propio capricho y con su mala conducta pusiese á la Iglesia en peligro, ¿seria lícito darle un curador elegido por los cardenales?» A esta cuestion acompañaban algunos argumentos sofisticos por la afirmativa, pero sin concluir nada (1584).

Urbano supo secretamente la conspiracion de los cardenales; y hé aqui, dice Fleury (1), lo que de su conjuración se habia dicho al Papa: «En el día señalado por ellos, que seria un día de consistorio, vendrán al castillo precedidos de doce criados armados, pero ocultas las armas bajo largos vestidos. Cuando ya estuviesen reunidos, escitarán de improviso un tumulto, se echarán sobre el Papa, le prenderán, le sacarán del castillo y le llevarán por fuerza á la iglesia de San Francisco, que está al pie. Allí le propondrán algunos artículos

(1) *L. 98, n. 20.*

á que le harán responder, y ora no responde, ora dé cualquiera respuesta, presentarán falsos testigos que probarán los artículos; despues de lo cual el Papa será condenado como herege por los cardenales conjurados, quienes pronunciarán la sentencia en nombre de todo el Sacro Colegio y la ejecutarán inmediatamente quemándole. Suponen que los demas cardenales que no estaban en el complot aprobarán su proceder, bien por temor al rey Cárlos, bien por la esperanza de vivir con mayor libertad; y que todos juntos nombrarán otro Papa que ya tienen designado (1385).

El Pontífice, informado del complot que se tramaba, hizo prender á seis de sus cardenales, los privó de su dignidad y de los demas honores y beneficios, se apoderó de cuanto habia en sus casas, y pronunció la confiscacion de todos sus demas bienes (1). Para reemplazarlos, quiso nombrar otros cardenales, y designó para esta dignidad á los arzobispos de Tréveris, de Colonia y de Maguncia, á los obispos de Lieja y de Breslau, y al presbítero Pedro de Rosemberg, noble bohemio. Todos seis rehusaron este honor, aunque á los cinco prelados se les hizo la oferta de que conservarían por toda su vida la administracion y las rentas de sus iglesias. Algun tiempo despues dió Urbano la púrpura á ocho italianos. En cuanto á los prisioneros, indignado de su atentado el Papa, los trató con severidad. Permanecieron mucho tiempo en un calabozo infecto, donde tenían que sufrir el frio y la desnudez, el hambre y la sed, y sobre todo los asquerosos insectos que los comían vivos. Se les dió muchas veces la tortura de euerda al estilo de Italia, atándolos fuertemente, tirándolos y traqueteándolos por el aire y dejándolos caer despues con todo su peso. Thierrí de Niem, secretario de Urbano,

(1) *Vit. Pap. tom. 1, p. 1282.*

que publicó una historia de este horrible cisma, refiere pormenores, muy tristes sin duda, acerca de los tormentos que se les hicieron sufrir, especialmente al cardenal de Sangre y al cardenal de Venecia, Luis Donato; pero segun los sábios autores de la Coleccion de Concilios (1), no sufrieron mas que un castigo digno de su vida.

No dejó Urbano de atribuir á Cárlos de la Paz esta conspiracion formada por su canciller el cardenal de Rieti. Convocó, para que se reuniesen en el castillo de Nócera, al clero que le acompañaba y á las personas seglares de la ciudad y de los pueblos inmediatos, y luego que estuvieron juntos hizo cerrar las puertas para que no saliese nadie. Entonces se subió á una torre, y despues de una larga y violenta invectiva, excomulgó, apagando y rompiendo las velas, al cardenal de Rieti, con los seis cardenales presos y todos sus fautores, al rey Cárlos, á la reina Margarita su muger, y puso entredicho á la ciudad de Nápoles. Diez dias despues reiteró la excomunion contra el rey y la reina. Pero no tardó en verse muy apurado para resistir á las tropas sedientas de sangre que Cárlos de Durazzo hizo marchar contra él, las cuales se apoderaron por asalto de la ciudad de Nocera, la incendiaron y se dirigieron al castillo donde se habia encerrado el Papa. El húngaro feroz hizo publicar á son de trompeta, que todo el que procurase ó facilitase la evasion de Urbano, seria castigado como rebelde, y que el que le entregase vivo ó muerto, como no fuese de muerte natural, recibiría al momento diez mil florines de oro (2). Entonces el Papa, obligado por la necesidad á adoptar esta medida, hizo una constitucion que obligaba á todos los cristianos residentes en los pueblos y ciudades

(1) *Tom. 2, p. 2044.*

(2) *Vit. t. 2, p. 982.*

hasta tres jornadas de distancia á la redonda, á socorrer con sus personas ó con sus bienes, segun las facultades de cada uno, al Papa sitiado, y les aseguraba la misma indulgencia que si pasasen al otro lado del mar á pelear contra los infieles. Tambien declaró que los clérigos que matasen ó mutilasen á alguno de los sitiadores, no incurrierian en irregularidad.

Pero todos estos recursos hubieran sido vanos, á no haber tenido Urbano auxilios de otra clase y enteramente inesperados. Por una aventura la mas extraordinaria, debió la libertad y la vida á sus mayores enemigos. Raimundo de Beauce, de la casa de los Ursinos, que habia seguido el partido del rey Luis de Anjou, y recogido despues de su muerte los restos de su ejército, los llevó al Papa, atraídos mucho menos del deseo de favorecerle que de la esperanza de apoderarse de su tesoro y de incomodar á sus antiguos vencedores. Se abrieron paso por medio de una division del ejército napolitano, entraron en la plaza sitiada, sacaron de ella al Papa con su corte, y llevándole por unos montes casi inaccesibles, inmediatos á Salerno, le trasladaron sano y salvo á la llanura que está al otro lado. Pero perdió una parte considerable de las grandes riquezas que llevaba consigo, porque tropezando y cayendo en los montes las acémilas, no tenían tiempo para levantarlas, á causa de que el enemigo los iba siguiendo muy de cerca. Urbano atendió con particular cuidado á que le siguiesen los presos, esto es, los seis cardenales y el obispo de Aquila comprendido en la proscripcion. El obispo, que iba con muy poca comodidad, y ademas de esto se hallaba sumamente debilitado con el tormento que habia sufrido del mismo modo que los cardenales, sucumbió en el camino.

Aunque se habia librado Urbano del primer peligro, no estaba todavia en una

situacion tan segura que no tuviese mucho que temer. Los franceses, que acababan de sacarle del poder de los napolitanos, deliberaron cerca de Salerno si le entregarían á Clemente, á quien reconocían por Papa legitimo, y del cual esperaban una gran cantidad de dinero, creyendo por el contrario que Urbano no se hallaba en disposicion de pagar lo que les habia prometido. Pero su general Raimundo los separó de esta idea, y despues de haberles pagado Urbano once mil florines de oro, les aseguró que les daría otros veinte y seis mil; mas hallándose enteramente exhausto de dinero, se vió precisado á fundir su vajilla. Entretanto se embarcó en las galeras que le habian enviado los genoveses, pasó á Sicilia donde estaba reconocido por legitimo Pontífice, y despues de publicar allí las bulas contra Carlos de la Paz, y de proveerse de víveres, de los cuales tenia una necesidad extrema, se trasladó á Génova.

Allí, habiendo conspirado algunos amigos de los cardenales prisioneros para ponerlos en libertad, entraron de noche en el palacio del Papa creyendo que se les agregarían allí otros muchos para forzar la prision; pero habiendo despertado los criados del Pontífice al oír el ruido, y corriendo á tomar las armas los que estaban de guardia, se acobardaron los conjurados y huyeron precipitadamente. Pocos dias despues se descubrió una conspiracion mas infame, tramada para envenenar al Papa; y como se hiciesen rigurosas pesquisas, huyeron de la corte de Urbano dos cardenales, á saber, Pilo de Prato, arzobispo de Ravena, y Galiot de Pietramala, y se retiraron á la corte de Clemente. Al pasar por Pavía Pilo de Prato, quemó su capelo en una plaza pública para insultar al que se le habia dado. Teniendo por nula Clemente su promocion, volvió á crearlos cardenales con títulos distintos de los que tenían antes. Este inci-

dente acabó de consumir la ruina de los presos. El cardenal de Inglaterra, Adam Eston; había confesado desde los primeros días de su prision que había sabido el proyecto de los demas cardenales, asegurando que no había consentido en ello; pero por no haberlo revelado había sido metido con ellos en la prision como fautor de la conspiracion (1). Sin embargo, fué puesto en libertad á instancias del rey Ricardo. Todos los demas fueron encerrados con mas estrechez en la misma casa donde habitaba el Papa. Deseando por fin salir de Génova despues de haber permanecido en ella como unos tres meses, hizo que les quitasen la vida en una noche del mes de diciembre del año 1386, pocos dias antes de su marcha (2). Se habló con variedad acerca de la muerte de los cardenales, diciendo unos que los habian arrojado al mar, y otros que habian sido degollados y enterados en una cuadra.

Al salir Urbano de Génova se propuso volver al reino de Nápoles, comenzando á brillar en sus ojos alguna vislumbre de esperanza. Luis, llamado el Grande, rey de Polonia y de Hungría, había muerto en el año 1382, dejando dos hijas, de las cuales la mayor, que se llamaba Maria, le sucedió en el reino de Hungría, y Eduvigis en el de Polonia; pero como la mayor no estaba todavía en estado de gobernar, por razon de su corta edad, la reina Isabel su madre se encargó del gobierno del reino, y lo hizo tan mal que los grandes enviaron á Nápoles á ofrecer la corona á Carlos de la Paz, descendiente de la misma casa de Anjou Sicilia. Aceptó, pasó á Hungría, y fué coronado solemnemente en Alba Real á 31 de diciembre de 1386. Pero el día 5 de febrero siguiente fué asesinado en Buda por orden

y en presencia de Isabel, la cual de este modo y de un solo golpe se vengó á sí misma y á Urbano (1). Su cuerpo, como era de un excomulgado, quedó sin sepultura hasta el pontificado de Bonifacio IX, el cual siguió el partido de Ladislao, su hijo y sucesor en el reino de Nápoles. La reina Isabel tuvo tambien una muerte desgraciada, pues á los tres meses del asesinato de Carlos fué ahogada por disposicion del ban ó señor de Croacia. La jóven reina Maria, á quien tenia presa este potentado, dueño de toda la autoridad desde que se verificó la última revolucion, fué puesta en libertad por Sigismundo de Luxemburgo, su futuro esposo. Inmediatamente se casó con este príncipe, hermano del emperador Wenceslao, el cual era ya marqués de Brandemburgo y llegó luego á ser emperador.

Edavigis, reina de Polonia, unió á este reino el gran ducado de Lituania, por su casamiento con Jagellon, que era soberano de este país (2). Pero hizo á la Religion un servicio mucho mas memorable. Jagellon había permanecido hasta entonces en el paganismo, con toda la nacion de los lituanos, á pesar de las exhortaciones de muchos príncipes celosos que dominaban en los Estados inmediatos. No resistió sin embargo á las de Eduvigis; hizo que le instruyesen, y fué bautizado en Cracovia con el mas religioso aparato por el arzobispo de Gnesne, primado del reino, asistido del obispo de allí. Juntamente con él recibieron el bautismo tres hermanos suyos, cierto número de boyardos ó señores y muchos nobles. Jagellon, que había tomado el nombre de Ladislao, hizo que á los cuatro dias le con-

(1) J. Thurocz. p. 110, 111, etc.; Bonfin. p. 360 et seq.

(2) Dlugos, lib. 10, pag. 103 etc.; Cromer. l. 13, p. 242 etc.

sagrasen y coronasen en presencia de la reina (1386).

Los lituanos adoraban como perpétuo un fuego que sus sacerdotes hacian que en efecto lo fuese por el cuidado que tenian de darle pábulo de dia y de noche, y adoraban tambien á unas selvas que llamaban sagradas, y á unas serpientes en las cuales ereian que gustaban de ocultarse los dioses. El año siguiente al de su bautismo fué Ladislao Jagellon á aquella provincia con la reina su esposa, y con una comitiva numerosa de señores y de prelados polacos, á fin de establecer el cristianismo en lugar de semejantes supersticiones. Luego que llegó al país el nuevo rey, convocó una asamblea en Wilna, que es su capital, señalando para ella el miércoles de ceniza, que en aquel año 1386 cayó á 20 de febrero. Allí exhortó á los lituanos á que reconociesen al verdadero Dios, y á que en vez de sus extravagancias impías admitiesen las santas prácticas del cristianismo. Pero estaban preocupados con la idea de que todos ellos habían de morir inmediatamente si abandonaban á sus dioses y las costumbres de sus antepasados. Mandó, pues, Jagellon cortar los árboles de los bosques que tenían por sagrados, y matar en todas las casas las serpientes que se conservaban en ellas como dioses domésticos; apagó á vista de los bárbaros el fuego que suponian perpétuo, é hizo derribar el templo y destruir el altar en que sacrificaban sus víctimas. Consternado el pueblo, pero sin atreverse á resistir al rey, se lamentaba esperando la mas terrible desgracia. Viendo por fin que no les sucedia ningun mal, y disipando la esperiencia sus terrores pánicos, comprendieron los lituanos que habian sido engañados por sus sacrificadores, y pidieron con grandes instancias unos guías mas seguros. Los sacerdotes polacos los instruyeron en los artículos de la fé; pero el que

mas eficazmente trabajó en su conversion fué el mismo rey, el cual sabia su lengua, y los edificaba con sus instrucciones catequizándolos. Fueron bautizados los mas distinguidos, confiriendo el bautismo á cada uno de ellos en particular; pero como hubiera sido un trabajo inmenso ejecutar lo mismo con la innumerable multitud de gentes que se presentaban á recibir este Sacramento, dispuso el rey que se dividiesen en varios grupos y que se los rociase con agua, dando á cada uno de estos grupos un solo nombre cristiano en lugar de sus nombres bárbaros. Es muy natural que se tomasen las precauciones convenientes para que alcanzase á todos el agua: lo que hubieran debido presumir, no solo de la sabiduría de los ministros sagrados, sino tambien de la necesidad manifiesta de una precaucion tan comun, los censores que vituperan ligeramente los usos mas arbitrarios de la disciplina y mas acomodados á las circunstancias de los tiempos y de los lugares.

Para manifestar el rey Ladislao á aquellos nuevos cristianos una benevolencia particular é inspirarles aversion á sus costumbres bárbaras, les dió vestido de lana en vez de las pieles de animales y de los remiendos de paño con que se habian cubierto hasta entonces. A fin de consolidar entre ellos la Religion, fundó una iglesia catedral en Wilna, en honor de San Estanislao, que fué desde entonces el patron comun de los polacos y lituanos, reunidos ya bajo un mismo dominio y sujetos á una misma Religion. Su primer obispo fué Andrés Vazilo, noble polaco, del orden de los frailes menores y confesor de la reina Isabel de Hungría. Al mismo tiempo estableció Ladislao siete parroquias, y las dotó, como tambien á la catedral, con una liberalidad regia. La reina Eduvigis tomó á su cargo suministrarlas los vasos sagrados, las cruces, las imágenes, los libros y todo género de orna-

(1) Fleury, l. 98, n. 22.

(2) Th. Niem. cap. 60.